

LLEVARSE PARA SIEMPRE

Por
RODOLFO DE LA RIVA CACHAY

Ella yacía dormida en el sofá mientras que los primeros rayos de la alborada empezaban a filtrarse por la cortina. Había trepado hasta llegar al copo del árbol que da a su ventana. Sostuve mi guadaña por unos segundos hasta comprobar que aún podía mantener el equilibrio. Confirmé la hora en el reloj –siete y treinta y cinco de la mañana– suspiré un par de veces y lancé la cuchilla hacia su alcoba.

El dirigible cruzó la habitación hasta perforar su abdomen. De pronto un sonido saltó de la cama e hizo siete u ocho pausas. Cuando se consumió la agonía, me acerqué tímido al cuerpo inerte. Entonces salí del protocolo y comencé una pequeña oración que no logré terminar debido a que su padre irrumpió en el dormitorio de un portazo.

Al instante reconocí al sujeto que entraba al cuarto. Hace varios meses lo había contemplado y ya esperaba el momento indicado para tenerlo en frente. Era un cretino que se peinaba el bigote antes de tomarse una foto, palmoteaba el trasero de las meseras y golpeaba a su hija cada vez que tomaba coñac. Un oficial de la marina retirado que me odiaba y amenazaba cuando me veía cruzar la calle. Hace un tiempo atrás dieron la orden de llevarme a su esposa para siempre. Jamás lo había superado.

Cuando me vio tendido junto al cadáver de su hija saltó hacia mí para reprocharme llorando. Dejé que me golpeará e insultara cuantas veces fuera necesario. Pensé que era importante y hasta cierto punto justo. Después de varios puñetes y lisuras, me empujó a una esquina del cuarto para llamar desesperado a una ambulancia. Mientras que hablaba por el teléfono cogió el cuerpo para estrecharlo a su pecho, luego se recompuso y volvió a sacudirme.

Trataba de tranquilizarlo en medio de la paliza. Tenía que confesarle, devastado también, que no era culpable de las vidas que tomaba, y que el hecho de cortarlas de golpe, no era sino una tragedia para mí. Le supliqué dejarme explicar que el fallecimiento de su hija también me dejaba desolado. “Los golpes no nos devolverán su vida” le dije. De pronto me soltó derrotado, arrastró una silla y, sin quitarme la mirada de encima, me invitó a hablar haciendo un ademán, de cortesía o furia, con la mano. Tomamos un rato en recomponernos. Luego le ofrecí un cigarro que dudó en aceptar y le prometí que me quedaría para contarle todo lo que había pasado.

Me apoyé en la repisa y traté de observar los ojos del padre mientras se desplomaban. “Por suerte los orificios inertes de mi cráneo solo me permiten tener un tipo de mirada”, pensé. Fumamos más de la mitad del cigarro en silencio, hasta que comencé a narrar la historia. Le dije que su hija había llegado a mi vida hace unos meses atrás. Al conocerla me hizo descubrir sentimientos indescifrables. Jamás creí que alguna mujer podría tener un corazón capaz de sentirse cobijado en la rendija huesuda de mi pecho.

Se llamaba Lucía y tenía en su haber dieciséis primaveras y ocho novios. Tomaba del brazo a quien se le acercara. No exagero cuando digo que recibía en su corazón a cualquier transeúnte. Los hacía suyos enroscándose con una serpentina plateada y besos suaves, para luego hablarles sobre alguna mascota de antaño o cierto poema de Westphalen o Calvo que leyó y no le gustó, hasta terminar llorando sola en una esquina del bar. Me conmovía observarla, me gustaba que fuera así.

Yo por otro lado, siempre fui un ser espumeante y oscuro, esclavo del reloj y la puntualidad. Un simple servidor público que recibía la orden de llevarse a tal infeliz, algo así como el procurador de alguna dependencia judicial que presiona un sello en la frente de las personas que van a morir. Pero por alguna razón que nunca descubrí, a Lucía le enternecía mi labor, mi túnica morada, mi calavera en el rostro.

La conocí en una fiesta de verano. Estaba fumando debajo de una escalera y me acerqué. Le pregunté si había espacio para sentarme junto a ella y asintió con la cabeza. Me odia, pensaba mientras que me tiraba el humo en silencio. Al rato se presentó. “Soy Lucía y odio a todos en este lugar, ¿no los quiere matar por mí?” Entonces me reí y le expliqué que no era cuestión mía eso de matar, que solo era un subalterno que recibía esquelas y que jamás, bajo ninguna circunstancia, podía asesinar a alguien sin premeditarlo antes; y que aun así quisiera, solo podía llevarme las almas de las personas. Se burló varias veces y al terminar la noche me dijo que le simpatizaba.

La mañana siguiente consiguió la dirección de mi apartamento y esperó a que saliera. Se topó conmigo para proponerme su compañía en la primera visita del día. Lo dudé por un rato pero terminé cediendo ante la seducción de la propuesta. Revisé mi agenda y verifiqué que en media hora debía estar en la terraza de un edificio en los suburbios. Así que jalé de su brazo camino al paradero. Recuerdo estar nervioso y callado. Al detenernos le comenté que no solía tocar personas vivas. Ella sonrió respondiéndome jocosa que no solía dejarse jalonear sin antes morder.

Tomamos un taxi. En el tramo, Lucía sacó de su bolso una botellita de pisco barato.

—¿Cómo es el suicida? preguntó al acurrucarse en el asiento.

—¿Cómo sabes que es suicida?

—No estoy segura. Pero si lo vamos a encontrar en la terraza de un edificio lo más probable es que salte.

—No lo sé.

—¿Entonces cómo planeas identificarlo?

—Tengo la hora y el lugar exacto. Además, tengo entendido que usa gafas grandes y tiene canas en los costados de la cabeza.

—Pero lo vas a tirar del precipicio, ¿no?

—Si es lo que tengo que hacer...

—¿Puedo empujarlo?

—No. Pero puedes esconderte y ver -le pido un sorbo del licor.

—Eres una mierda, una estafa -me grita y escupe al pico de la botellita. No me volvió a dirigir la palabra por el resto del viaje se la pasó mirando a la ventana.

Estábamos mareados cuando llegamos. Nos escabullimos en silencio por las escaleras de un centro comercial hasta llegar a una azotea iluminada por el sol de comienzo de día. Ahí estaba el sujeto con gafas grandes viéndonos aterrorizado. Tenía el pelo más gris de lo que hubiese imaginado; sin embargo era alto y joven, seguramente un universitario aplicado e infeliz. Confirmé la hora y me acerqué lentamente.

Mientras tanto él permanecía al filo del precipicio y yo buscaba en su mirada la razón de la angustia que lo llevó allí. Tal vez el diagnóstico de una enfermedad irremediable o la suma de varias frustraciones consecutivas habían ocasionado esta situación. De pronto, Lucía me adelantó, corrió directo hacia él y le dio una patada que lo hizo caer de la terraza.

Se tornó hacia mí y abrió sus brazos. “Sí era suicida, ¿viste? Ahora, qué esperas. Revisa tu agenda, ¿quién es el siguiente?”. Traté de mostrarme furioso por el homicidio que acababa de presenciar pero no funcionó. Ella mostró tanta emoción en sus gestos que no me dio oportunidad de requintarla. Sabía que algo muy malo acababa de pasar (espeluznante y excitantemente malo) pero solo atiné a abrazarla y pedirle más discreción. Salimos del edificio, fuimos a comprar más licor y seguimos con el itinerario del día.

Al cabo de una semana estábamos enamorados. Pasábamos juntos todo el tiempo. La vida de ambos se volvía sedentaria y más emocionante con el pasar de los días. Poco a



poco dejé de cumplir mi rutina con tanta puntualidad y hasta engordé. Ella por su lado, dejó de ir al colegio y a los almuerzos de domingo con su padre.

Lucía venía los sábados a mi departamento para dormir conmigo después de ver películas románticas. Por ratos se detenía a reflexionar y me pedía llorando que deje mi trabajo. Me hablaba de salir de la ciudad y no regresar jamás. Trataba de manipularme para mudarnos juntos, dejando atrás aquello que nos enfermaba de nuestras antiguas vidas, las personas, los lugares, el trabajo, pero yo nunca cedía.

El resto de días, Lucía salía a hurtadillas de su casa por la noche y bajábamos al malecón para tirar piedritas. Jamás le avergonzó estar conmigo pese a que todos me odiaran. Pasábamos las tardes emborrachándonos con pisco y fumando marihuana. Cuando nos cerraban la taberna, le prestaba mi guadaña para que persiga a los caminantes que se detenían a insultarme.

Su amor siguió el día que le anuncié su muerte. Esa tarde me desnudó y se recostó sobre mi cama, mientras repetía entre sollozos que tenía miedo y que nada sería lo mismo. Por más que tratamos de prolongarlo, el reloj fue avanzando lentamente hasta la hora prometida. Había recibido la orden con anticipación, hasta que esta mañana, la manecilla horaria dio el siete, el minuterero señaló las treinta y cinco, el segundero trazó su cruel odisea.

Pude adentrarme muy temprano, por encima del cedro frontal que da a su calle, trepando por el ramaje que desemboca en un cielo frondoso. Siempre rampante y sin invitación. Logré saltar por encima del vidrio roto y deslizarme a través de las nubes de nicotina hasta llegar al hombro de su padre. Le susurro, con mucha paciencia y suavidad, que su hija acaba de morir y que la ambulancia solo vendrá a recoger su carcasa, sin serpentina, sin besos.

Ahora, ambos estamos abrazados sobre el charco de sangre. Él coge la guadaña que dejé en el piso y me suplica hacer cosas que no puedo, así que sigo consolándolo en el mismo tono de voz. Seguramente, Lucía nunca pudo hablarle sobre su desazón con la vida ni de su relación conmigo; pero, ahora que culmina nuestro encuentro, necesito cubrir este vacío con un recuerdo suyo para poder cargar con esta sensación por el resto de días. Quizás pueda aprovechar en buscar algún rezago de ella en la habitación, un arete, una vincha, una foto que pueda llevarme para siempre.